







*LOS
SEÑORES
NOS
MANDARON
AQUÍ*

ELIN ANNA LABBA

Primera edición: octubre 2021

Título original:

Herrarna satte oss hit.

Om tvångsflyttningarna i Sverige

Herrarna satte oss hit © Elin Anna Labba
First published by Norstedts, Sweden, in 2020

© 2021, de la traducción

Sara Pérez Martínez

© 2021, de la cubierta

Irene Bofill

© 2021, de la maquetación

Alberto H.

© 2021, de esta edición

Barlin Project SL

Corrección del texto:

Ignacio Cristobal Fernández

Dirección editorial:

Alberto Haller

Publicado por:

BARLIN LIBROS

Avda. Balears 61-20

46023 (València)

BIC: JHM

ISBN: 978-84-123319-3-6

Depósito legal: V-1724-2021

editorial@barlinlibros.org

www.barlinlibros.org

*El costo de esta traducción fue sufragado
con un subsidio del Consejo de las Artes de Suecia*

*Publicado por acuerdo alcanzado con
Norstedts Agency vía Casanovas & Lynch Literary Agency*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares del copyright, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.





Senja

Tromsø

Bodo

Kautokeino

Kiruna

Karesuando

Inari

Arjeplog

Jokkmokk

Múrmansk

Trondheim

Ammarnäs

Strimasund

Östersund

Luleå

Umeå

Estocolmo



Glosario de imágenes en la página 231

**eanan
lea earálágán
go das lea orron
vánddardan**

**bivástuvvan
šuvččagan**

**oaidnán beaivvi
luoitime loktaneame
láhppome ihtime**

**eanan lea earálágán
go diehtá
dáppe
máttut
máddagat**

Nils-Aslak Valkeapää
Beaivi, áhččážan



OI

Bures eatnehat

Primero

El sendero sube por turberas secas, desaparece, y vuelve a surgir. Más adelante, se introduce en un bosque ralo en el que crecen abedules encorvados. Es un sendero viejo, mi cuerpo lo nota. Lo dejo a un lado y me dirijo a un claro que se encuentra a unos metros de distancia. Camino sobre el musgo, salvando los troncos podridos de abedules caídos. Sé que la tierra está recuperando lo que era suyo, que lo que busco apenas es ya visible.

Voy de asentamiento en asentamiento. El primero se encuentra en lo más alto de una colina, con vistas al mar, que se divisa en la distancia. Es tan antiguo que lo único que queda en pie es el hogar, unas pocas hierbas altas y algunas rocas cubiertas de vegetación. En los otros se pueden ver tenues anillos de turba. No es la primera vez que estoy aquí, sé a dónde ir. Atravieso un viejo cercado para renos y paso por un frío manantial del que siguen brotando aguas transparentes.

Nunca he estado en un lugar tan tranquilo como este. No se oye el viento, pero sé que sopla. Hace mucho tiempo que no hay *goahtis* ni niños correteando a su alrededor. Hace mucho tiempo que nadie se sienta afuera para tejer, prende una hoguera en el *árra* o siega la afilada paja que se utiliza para forrar el calzado.

Los ancianos cuentan que, al llegar aquí, saludaban a la tierra, a las montañas, al asentamiento, a los caminos, pero yo no me atrevo a hacerlo. ¿A dónde pertenezco, en realidad? ¿Dónde está mi hogar? Es algo de lo que he hablado con otros nietos de deportados. ¿Qué partes de nuestras nuevas comunidades y asentamientos podemos decir que son nuestras? «Por lo general, me siento en casa en la periferia de estas tierras, en lugares por los que sé que nadie más suspira», dijo una persona. «Vivo en una tierra extraña», dijo otra. «No es que no me sienta a gusto, pero siento que no tengo conexión con ella».

El poeta sami-finés Áillohaš dijo que llevamos el hogar en nuestro corazón. ¿Es posible hacerlo cuando uno se ha visto obligado a marcharse?

¿Puedo llorar la pérdida de algo que nunca ha sido mío?

Ha pasado más de un siglo desde que se produjeron las primeras deportaciones, cuando nuestras familias cruzaron por última vez el estrecho con sus renos, en dirección al continente. Desde entonces, el lugar en el que vivieron está vacío. Es un lugar que susurra a quienes sabemos su historia, que lo visitamos de vez

en cuando. A la mayoría de las personas, en cambio, no les dice nada. No conocen nada de quienes vivieron aquí.



Así es la historia sami: pequeñas diferencias en la vegetación, una sutil elevación en el terreno, *goahtis* calcinadas. Nuestro relato es la placa que nadie erigió, el capítulo que queda fuera de los libros de historia. No obstante, desde hace ya varios años se vienen celebrando procedimientos judiciales entre las comunidades samis septentrionales y el Estado noruego. Estas comunidades luchan por su derecho a las viejas tierras de pastoreo de renos que se vieron forzadas a abandonar. Paralelamente, muchas familias que vivían en Vapsten (provincia de Västerbotten) antes de las deportaciones han demandado a los descendientes de los deportados. Es decir, se enfrentan en los tribunales, unos contra otros, presos de una historia que Suecia les ha impuesto.

Me tumbo sobre la maleza. Es natural que la tierra vuelva a hacer suyos los asentamientos, pero lloro por las historias que desaparecen con ellos. Se me escurren entre los dedos, y ese es el motivo que me ha traído aquí. Mi *váre* —mi abuelo paterno— y sus hermanos vivían aquí. Y sus padres, Risten y Gárena Jovvna, también. Este era su hogar. Quería empezar a escribir sobre ellos, sin mucho éxito. Lo único que encontré fue una fotografía en blanco y negro en un archivo de Helsinki en la que aparecían retratados una madre con tres niños pequeños. Uno de ellos era mi *váre* a los diez años. Vestía un *gákti* harapiento, y sé por qué nadie lo había arreglado. Era verano, y debían de estar en la costa, pero todavía estaban en Gárasavvon (Karesuando), el lugar donde pasaban los inviernos. Alquilaron una habitación en el edificio de los tribunales para poder permanecer al lado de su *isá*, que estaba gravemente enfermo y encamado. Si la fecha indicada es correcta, la fotografía se tomó justo al fallecer su padre. La causa de la muerte que figura en el registro parroquial es una «parálisis provocada por un accidente cerebrovascular». Risten se queda viuda con una cantidad de renos que apenas le da para vivir. Cuando toda su familia se ve forzada a trasladarse, pone a sus hijos en el *ráidu*. En 1923, llegan a las montañas de Jåhkâmåhkke (Jokkmokk).

Lo que pasó después es un vacío, nunca han querido hablar de ello. Ahora sé que mi familia no es la única, que Sápmi, donde crecí, está llena de personas que han tapado sus heridas con silencio.

Por lo tanto, este libro tratará de aquellas personas sobre las que puedo escribir, de aquellas cuyos testimo-

nios han quedado grabados y conservados en archivos, de aquellas que han querido transmitir su historia. De aquellas que tienen fotografías, cartas, poemas, documentos. Les doy las gracias por todos y cada uno de sus relatos y por todo lo que han contado. Gracias a su historia, podemos atisbar la nuestra. Con cada palabra, dejo constancia escrita de mi familia.

A lo largo de los años he realizado numerosas entrevistas, tanto con personas deportadas como con los hijos y nietos de estas. Además, he obtenido permiso para utilizar las entrevistas que otros llevaron a cabo con ancianos que nos dejaron hace tiempo. Se trata de un texto compuesto por un coro de narradores, formado por relatos cortos, yoiks, recuerdos. He tomado todos estos hilos y los he entrelazado: unas veces, los colores son vivos; otras, el tejido está plagado de agujeros y silencio. El relato oral se ha extenuado con el tiempo. He tenido que aceptar que, sin pretenderlo, la forma del texto emula toda la historia sami: es como un *vuoddagat* que alguien ha golpeado con un hacha. Los hilos ni siquiera se han partido en dos, simplemente desaparecen de repente, lo que hace difícil reconstruir el dibujo.

Durante el curso del proyecto, algunas de las personas a las que entrevisté también empezaron a dejarnos, una tras otra. Cada vez que esto ocurre, siento como si con ellas se fuera una parte de mí. ¿A quién vamos a hacer preguntas de ahora en adelante? Muchos de los testimonios que he oído sobre las deportaciones tendrán que ser narrados por otros autores. Entre ellos se encuentran nada menos que los relatos de aquellos

que se vieron obligados a irse cuando las familias del norte de Sápmi ocuparon sus tierras. Espero que más personas transmitan sus historias mientras todavía quede tiempo. Para muchos de mis entrevistados, la narración es una forma de sanar. En la lengua que más amo, las palabras «recordar» y «contar» son casi idénticas. *Muitit* significa «recordar», *muitalit*, «contar». Contamos aquello que recordamos.

Giitos eatnat. Gracias, *muore*, *váre*, *áhku*, *áddjá*, los míos y los de otros. He aquí el tejido que he hilado para vosotros. He aquí el yoik que os canto.





02
Rájit
Fronteras

Siempre ha habido fronteras, pero antiguamente acostumbraban a coincidir con los límites de turberas, valles, bosques y montañas. Las fronteras modernas de los países nórdicos, en cambio, atraviesan todos los sistemas naturales. Cortan tierras de pastoreo, familias y rutas migratorias milenarias. Cuando las tierras se parten, las personas se dividen. Por eso, la crónica de las deportaciones debe empezar ahí, en las fronteras, en 1751.

En realidad, habría preferido que este libro estuviese integrado únicamente por relatos, pero es difícil entender los traslados forzosos sin hablar también sobre las fronteras. Los ancianos las mencionan con frecuencia, pues lo cierto es que toda su vida gira en torno a ellas.

1751: ese es el año en el que se crean las fronteras entre Noruega y Dinamarca y entre Suecia y Finlandia. Los países nórdicos y Rusia se reparten el territorio y

suscriben un tratado fronterizo. Con el fin de abordar la cuestión de los samis, que llevaban mucho tiempo viviendo en un territorio que no conocía de fronteras nacionales, elaboran también el Codicilo Lapón, un anexo al tratado. En él, se reconoce que los samis son un pueblo con derechos sobre la tierra, lo que les permite pescar, cazar y dedicarse a la cría de renos como venían haciendo hasta entonces. Cada otoño, las manadas de renos se desplazan a las tierras de pastoreo de invierno, en el interior. En primavera, regresan a la costa, a los pastos estivales. Que las personas también puedan cruzar libremente las fronteras recién formadas es algo que nadie cuestiona.

Con el tiempo, sin embargo, este derecho a vivir como han hecho durante siglos se va desvaneciendo. En el siglo XIX, se empiezan a cerrar las fronteras y las manadas de renos se ven obligadas a compartir un terreno cada vez más reducido. Este proceso culmina a principios del siglo XX, cuando Noruega se convierte en una nación independiente. Noruega quiere que en su territorio solo vivan ciudadanos noruegos. El hecho de que haya personas que atraviesen las fronteras con grupos de renos irrita al Estado. No pertenecen a Noruega, aunque lleven generaciones viviendo en el país. Los campos en los que pacen los renos pasarán a convertirse en pastizales para el ganado y en tierras agrícolas. «La vida nómada es una carga para el país y sus habitantes y no puede considerarse compatible con los intereses y el orden de una sociedad civilizada». Así lo expresaba en el Parlamento el presidente del Partido Laborista Noruego, Christian Holtermann Knudsen, y no era el único que pensaba de esa forma.

En 1919, Suecia y Noruega solucionan el problema con la firma de la Convención sobre el Pastoreo de Renos, que establece límites al número de renos que pueden cruzar las fronteras. De manera indirecta, los Estados estipulan también cuántas personas deben abandonar su hogar en la costa atlántica.

A partir de 1919, y durante los años veinte y principios de los treinta, las Diputaciones Provinciales de Suecia empiezan a ejecutar lo que en toda regla son deportaciones de pastores de renos a fin de cumplir lo estipulado en el tratado suscrito con el país vecino. En la convención se indica que los traslados deben realizarse atendiendo a los deseos «de los pueblos lapones». En la práctica, en cambio, estos no tienen nada que decir sobre el asunto.

Las autoridades se refieren a esta solución como una reubicación. En lengua sami nace una nueva palabra: *bággjohtin*, es decir, deportación. O *sirdolaččat*, desplazados, como se denominan a sí mismos los deportados. Las primeras personas a las que se obliga a marcharse abandonan su hogar pensando que regresarán.

Aquí es donde les cedo la palabra, pues ellos son los únicos que pueden contar su historia.

eatnehat, guohttet dál dearvan mu
bohccuid
nana nana voja voja
čappa duovdagaččat
voja voja nana nana
leat nu čábbát ahte čuovggade

«Te cuento: fue el último verano que pasamos allí. No, debió de ser la última primavera. Márte Jovvna tuvo un sueño que aún recuerdo. Soñó que los samis habían tenido que acudir a la iglesia de Tromsø. El grupo de renos giraba alrededor de la torre de la iglesia, una y otra vez, hasta caerse. Eso es lo que soñó. Cuando me contó el sueño, me dijo: “Ya no vamos a poder volver aquí”.

Después nos enteramos de la convención y nos dijeron que no podríamos regresar. Los sápmi de Suecia ya no tenían permitido volver. Fue el administrador de asuntos de los lapones quien nos lo contó. La Diputación Provincial se desplazaba por ahí como una reina. Suecia estaba obligada a acoger a los samis en su territorio.

Y eso fue lo que ocurrió».

*Sunná Vulle Nihko Ovllá
Olof Petter Nilsson Päiviö¹*

¹ Antiguamente, los samis tenían dos nombres: uno en lengua sami y otro en sueco. A lo largo del libro, hay ocasiones en que la autora los cita a ambos, como en este caso.

«Noruega ha expresado el deseo de reducir al máximo la carga que suponen los renos suecos que pacen en la provincia [...]. Suecia considera que, para reducir la cantidad de renos en dichas regiones, lo cual resulta necesario por los motivos mencionados, podría trasladar a algunos lapones, junto con sus renos, a zonas más meridionales del territorio lapón en la provincia de Norbotnia, principalmente a las localidades de Jokkmokk y Arjeplog, donde parece haber espacio para ellos, siempre teniendo en cuenta los deseos de parte de las comunidades laponas de Karesuando y Jukkasjärvi».

FRAGMENTO EXTRAÍDO DE LA CONVENCION
SOBRE EL PASTOREO DE RENOS DE 1919





03

Mearráriikkas

En el reino del mar

Sážžá (Senja), septiembre de 1919

Guhturomma Ánne Márjá

Anna Maria Omma

Ánne Márjá se acuerda. Se acuerda de cómo cantaba el cuco de camino a la costa. Lo oía aquí y allá, durante todo el trayecto, como si la estuviera siguiendo. No se dejaba ver, solamente la saludaba, la llamaba una y otra vez. Siempre la pillaba por sorpresa.

«El cuco canta cuando le viene en gana», pensaba. Miraba a su alrededor —¡sonaba tan cerca!—, pero no lograba verlo. Cuando llegaron a la *goahti*, en *Várddaváraš*, el cuco se calló, y ella se olvidó de él durante un tiempo.

Recuerda esos sonidos estivales: los pájaros, los gruñidos de las flacas crías de reno. El otoño suena distinto, más desasosegado.